

Nº 1

Leónidas

Revista literaria



ESPECIAL
HALLOWEEN

LEÓNIDAS

Revista literaria

OCTUBRE 2024

ESPECIAL
HALLOWEEN

AUTORES

Gustavo A. Bécquer

Keter Lousvart

V. S. Tati

Queta Monfort

Gio Jabelson

Sita F. Monroe

An G San

© Textos registrados

Más información: sergantkiss@gmail.com

Índice

5

LA NOCHE DE DIFUNTOS

Gustavo A. Becquer

15

EL FULGOR

Keter Lousvart

24

ESPERANDO A LA MUERTE

V.S. Tati

35

UN ÁLAMO EN EL JARDÍN

Queta Monfort

52

UNA MUERTE REPENTINA

Gio Jabelson

62

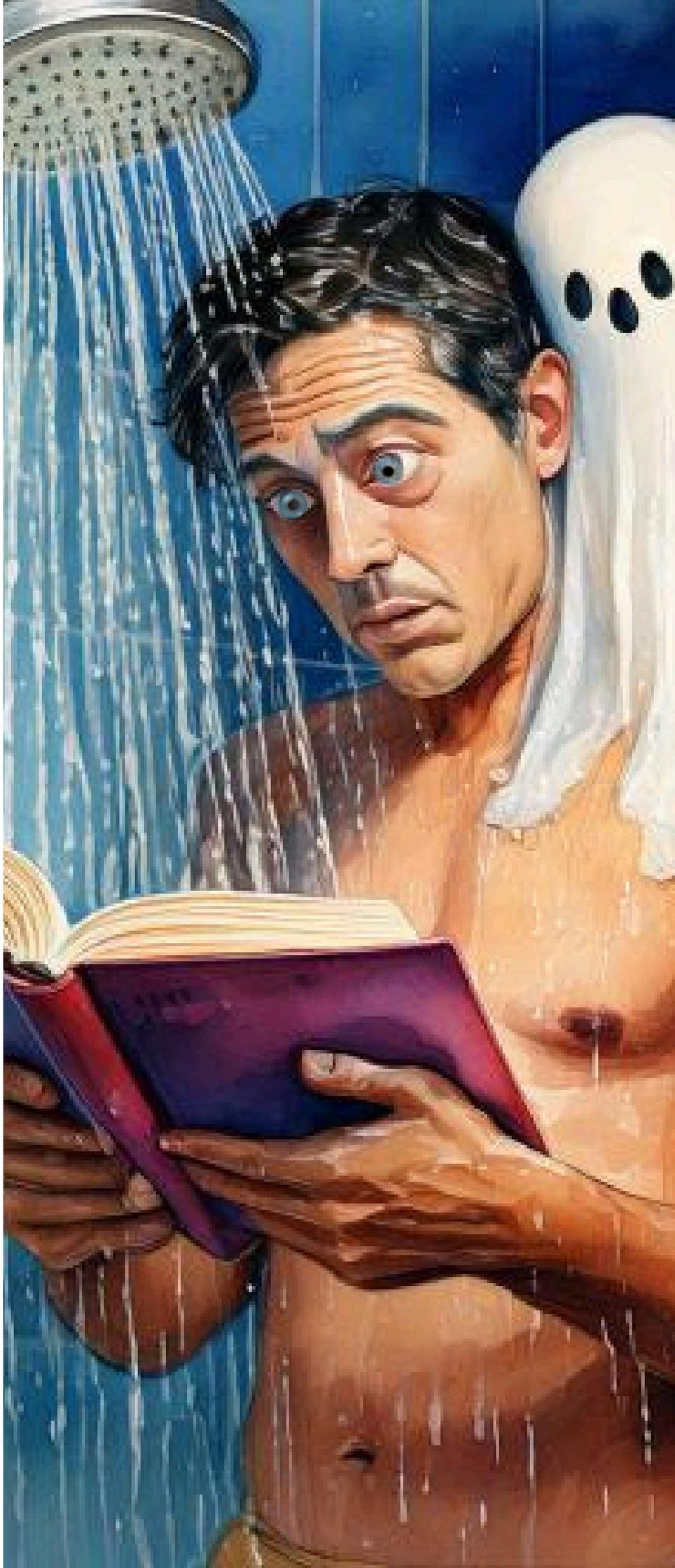
MORIRSE SIN DARSE CUENTA

Sita F. Monroe

70

LA PARCA

An G San



LA NOCHE DE DIFUNTOS

Relato de Gustavo A. Bécquer

SE RESPETA LA ORTOGRAFÍA ORIGINAL DE LA ÉPOCA



Al crepúsculo de un día de Otoño brumoso y triste, sucede la noche fría y oscura. Durante algunas horas, parece que se ha apagado el continuo hervidero de la población.

Unas cerca, otras lejos, éstas con un acento grave y compasado, aquéllas con una vibración aguda y temblorosa, las campanas voltean lanzando al aire sus notas de metal, que ya flotan y se confunden entre sí, ya se dilatan y se pierden para dejar lugar á una nueva lluvia de sonidos que se derrama continuamente de las anchas bocas de bronce, como de una fuente de armonías inagotable.

Dicen que la alegría es contagiosa; pero yo creo que la tristeza lo es mucho más. Hay espíritus melancólicos que logran sustraerse á la embriaguez de gozo que traen en su atmósfera las grandes fiestas populares. Con dificultad, se encontrará uno que consiga mantenerse indiferente al helado contacto de la atmósfera del dolor, si ésta viene á buscarnos hasta el fondo de nuestro hogar, en la fatigosa y lenta vibración de la campana que parece una voz que llora y nos relata sus cuitas al oído.

Yo no puedo oír sonar las campanas aunque repiquen volteando alegres como anuncio de una fiesta, sin que se apodere de mi alma un sentimiento de tristeza inexplicable é involuntario: por fortuna ó por desgracia en las grandes capitales, el confuso murmullo de la muchedumbre que se agita en todos sentidos, presa del ruidoso vértigo de la actividad, ahoga de ordinario su clamor hasta el punto de hacer creer

que no existen. A mí al menos me parece que la noche de difuntos, única del año en que las oigo, las torres de las iglesias de Madrid recobran la voz merced á un prodigio, rompiendo solo durante algunas horas su largo silencio. Bien sea que la imaginación predispuesta á los pensamientos melancólicos ayude á prestarle apariencias, bien que la novedad de los sonidos me hiera más profundamente, siempre que percibo en las ráfagas del viento las notas sueltas de esa armonía, se opera en mis sentidos un extraño fenómeno. Creo reconocer una por una las diferentes voces de las campanas; creo que cada cuál de ellas tiene un tono propio y expresa un sentimiento especial; creo, en fin, que después de prestar por algún tiempo profunda atención al disorde conjunto de los sonidos, graves ó agudos, sordos ó metálicos que exhalan, logro sorprender palabras misteriosas que palpitan en el aire envueltas en sus prolongadas vibraciones.

Estas palabras sin hilación, sin sentido, que flotan en el espacio acompañadas de suspiros apenas perceptibles y de largos sollozos, comienzan á reunirse unas con otras como se reúnen al despertar las vagas ideas de un sueño, y ya reunidas forman un inmenso y doloroso poema, en el que cada campana canta su estrofa, y todas juntas interpretan por medio de sonidos simbólicos el pensamiento que hierve callado en el cerebro de los que oyen sumidos en profunda meditación.

Una campana de voz hueca y asordadora que se balancea gravemente en lo alto de la torre con ceremoniosa lentitud, que parece que lleva un ritmo matemático y se mueve por medio de algún perfecto mecanismo,

dice sonando ajustada por puntos al ritual:

—«Yo soy ruido vano que se desvanece sin hacer vibrar una sola de las infinitas cuerdas del sentimiento en el corazón del hombre; yo no tengo en mis ecos ni sollozos ni suspiros; yo desempeño correctamente mi parte en la lúgubre y aérea sinfonia del dolor, sin que mis sonoros golpes se retarden ó se anticipen un solo segundo; yo soy la campana de la parroquia, la campana oficial de las honras fúnebres. Mi voz pregona el duelo de etiqueta; mi voz llora desde lo alto del campanario contando á la vecindad la desgracia á gritos; mi voz, que gime á tanto por sollozo, evita al rico heredero y á la joven viuda otros cuidados que el de las formalidades de la lectura del testamento ó el encargo de los elegantes lutos.

A mi sonido salen de su marasmo los industriales de la muerte; el carpintero se apresura á galonear de oro el más confortable de sus ataúdes; el marmolista golpea el cincel buscando una nueva alegoría para el ostentoso sepulcro; hasta los caballos del grotesco carro, teatro del último triunfo de la vanidad, sacuden engreídos sus antiguos penachos de plumas de color de ala de mosca, eu tanto que los pilares del templo se revisten de bayetas negras, se alza en el crucero el túmulo tradicional y el maestro de capilla ensaya en el violín un nuevo Dies irae para su última misa de Réquiem.

«Yo soy el dolor de las lágrimas de talco, de las flores de papel y los dísticos en letras de oro.»

«Hoy me toca conmemorar á mis conciudadanos, á los ilustres



difuntos por quienes oficialmente lloro, y solo siento, al hacerlo con toda la pompa y el ruido que conviene á su condición, no poder decir uno por uno sus nombres, títulos y condecoraciones; acaso esta nueva fórmula serviría de bálsamo á sus familias».

Cuando el acompasado martilleo de la grave campana cesa un instante y su eco lejano se confunde y se pierde entre la nube de notas que lleva el viento, comienza á percibirse el tañido triste, desigual y agudo de un pequeño esquilón.

— «Yo soy, dice, la voz que canta y que llora las alegrías ó los pesares del lugar que domino desde mi espadaña: yo soy la humilde campana de la aldea, la que llama con plegarias ardientes el agua del cielo sobre los agostados campos, la que ahuyenta las tempestades con sus piadosos conjuros, la que voltea trémula de emoción y pide socorro á gritos cuando el fuego devora las mieses.»

«Yo soy la voz amiga que da al pobre su último adiós; yo soy el gemido que ahoga el dolor en la garganta del huérfano y que sube en las aladas notas de la campana hasta el trono del padre de las misericordias.»

«Al escuchar mi tañido, brota involuntariamente una oración del labio y mi último eco va á espirar al borde de las fosas escondidas llevado por el aire que parece rezar en voz baja agitando las altas yerbas que las cubren.»

«Yo soy el llanto que escalda las mejillas, yo soy el sentimiento que seca la fuente de las lágrimas, yo soy la angustia que oprime el corazón

como con una mano de hierro, yo soy el supremo dolor, el dolor del desamparo y de la miseria.»

«Hoy lloro por esa multitud sin nombre que pasa ignorada por la vida sin dejar más huella en pos de sí que el ancho reguero de sudor y de lágrimas que señala su camino; hoy lloro por los que duermen olvidados en la tierra sin otro monumento que una tosca cruz de palo que casi ocultan las ortigas y cardos silvestres, pero entre cuyas hojas descuellan esas humildes flores de pétalo amarillo que los ángeles dejan del halda sobre la fosa de los justos».

El eco de la esquila se va debilitando poco á poco, hasta perderse entre el torbellino de notas, por cima del cual se destacan los sordos y cascados golpes de una de esas gigantescas campanas que hacen que se estremezcan al sonar, hasta los hondos cimientos de las antiguas catedrales góticas en cuya torre se las ve suspendidas.

—«Yo soy, dice la campana con su medroso y estentóreo acento, la voz de la gigante mole de piedra que para asombro de los siglos alzaron tus mayores; yo soy la voz misteriosa, familiar á las vírgenes de largo brial, á los ángeles, los reyes y los profetas de piedra que velan de noche y de día á la puerta del templo envueltos en las sombras de sus arcadas; yo soy la voz de los deformes endriagos, de los vestiglos y las monstruosas esfinges que trepan por entre las revueltas hojas de piedra á lo largo de las agujas de las torres; yo soy la fantástica campana de la tradición y la leyenda, que voltea solo en la noche de difuntos tañida por una mano invisible.»



«Yo soy la campana de los cuentos medrosos, de las historias de los aparecidos y de las almas en pena; campana cuya vibración indescriptible y extraña solo encuentra eco en las imaginaciones ardientes.»

«A mi voz, los caballeros armados de todas armas se levantan de sus góticos sepulcros, los monjes salen de las oscuras bóvedas en que duermen el último sueño al pie de los altares de su abadía, y los camposantos abren de par en par sus puertas para dejar paso al tropel de amarillos esqueletos que acuden presurosos á danzar en vertiginosa ronda en torno al puntiagudo chapitel que me cobija.»

«Cuando mi imponente clamor sorprende á la crédula vieja al pie del antiguo retablo cuyas luces cuida, cree ver por un momento los ánimas del cuadro danzar entre las llamas de bermellón y ocre al escaso resplandor del moribundo farolillo.»

«Cuando mis sordas vibraciones acompañan el monótono relato de la antigua conseja que escuchan absortos los chicos agrupados junto al hogar, las lenguas de fuego rojas y azules que se deslizan á lo largo de los encendidos troncos, y las chispas de luz que saltan sobre el fondo oscuro de la cocina, se le antojan espíritus que voltean en el aire, y el rumor del viento que estremece las puertas, obra de las ánimas que llaman en los emplomados vidrios de la ventana con el descarnado nudillo de sus manos de huesos. »

«Yo soy la campana que pide á Dios por las almas precitas; yo soy la voz del terror supersticioso; yo no hago llorar, pero erizo el cabello, y llevo

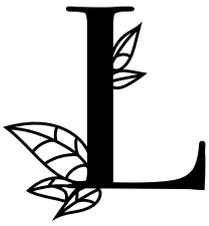
el frío del espanto hasta la médula de los huesos del que me oye».

Así unas tras otras, ó todas á la vez, las campanas van sonando, ora como el tema melódico que se destaca sobre el conjunto de la orquesta en una sinfonía gigante, ora como en un fantástico que se prolonga y se aleja dilatándose en el viento.

La luz del día y los rumores que se elevan del seno de la población á par de la luz, pueden tan solo disipar los extraños engendros de la mente y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que aun á través del sueño, se perciben como en una fatigosa pesadilla durante la eterna noche de difuntos.

EL FULGOR

Relato de Keter Lousvart



más terrible de las tormentas se desata sobre la tierra. Los truenos braman, los relámpagos desgarran el lienzo de la noche y amordazan la inmensidad cósmica. Un pesado manto de nubes se esparce cual fuego alimentado por el viento, hasta sepultar el horizonte. Como el cumplimiento del peor presagio oscureciendo el mundo.

En lo profundo de un frondoso bosque de Hochatown, su ferocidad doblega hasta los árboles centenarios y hace tambalear una pequeña casa de madera. Parece abandonada, salvo por una tenue luz interior que proviene de una desvencijada chimenea.

Una mujer de pelo blanco, recogido en una larga trenza, la enciende puntualmente cada día al caer el sol. Lleva un batín desgastado y mitones que ella misma ha tejido con sobras de ovillos, junto a la lumbre, y está sentada en una mecedora.

La leña se consume lentamente. Su calor es como un bálsamo para sus huesos cansados y los de su viejo gato, adormecidos por el chisporroteo de su crepitar.

Al sobresaltarle el primer trueno en la lejanía, sin abrir los ojos, la señora Hazel frunce los labios en una mueca de disgusto y, de forma automática, alarga la mano para asegurarse de que Celestine permanece a su lado.

La tormenta no da tregua y ruge como nunca, pero la anciana no se sobresalta y, tras acariciarlo, decide continuar con su rutina. Le tenía dicho

al gato, asustadizo por naturaleza, que las tormentas no eran de temer. No más que una invitada indeseada con malos modos que, en su soledad, les entretenía y era ya como de la familia.

—¡Qué barbaridad! —exclama, mientras se incorpora—. ¡Estás aquí de nuevo, como no te hago caso te enfureces! ¡Ya puedes rabiar todo lo que quieras, maldita gruñona!, dice con una leve sonrisa, sin apartar la mirada de Celestine, que permanece inmóvil con las orejas moviéndose en todas direcciones y los ojos como platos.

En cuanto Celestine se ve solo, entra como una flecha bajo el raído edredón de patchwork que, de manera intencionada, la anciana acaba de dejar caer al suelo antes de abandonar la estancia.

La señora Hazel se mete a tientas en la cocina, se coloca a oscuras un delantal y localiza una caja de cerillas para encender un quinqué que cuelga del techo. Su débil llama proyecta sombras danzantes en las paredes, al tiempo que pugna por sobrevivir en medio de una oscuridad solo interrumpida por rayos y destellos relampagueantes que hacían temer por la integridad de la casa.

La luz del quinqué agoniza, por momentos todo permanece a oscuras, hasta que revive como si prendiera gracias a las centellas fulgurantes que surgen en el firmamento. La oscuridad va imponiéndose, amenazando con devorar todo lo que alguna vez fue luminoso.

Ajena a este caos, con una inmutable tranquilidad, la anciana corta a pedacitos hortalizas de su huerto para enriquecer una sopa que bulle en



una olla que ha colocado en la chimenea. Mientras la naturaleza arrasa todo a su paso, en el interior de aquella cocina todo sucede como de costumbre. El cuchillo hace su habitual ruido sordo y arrítmico al chocar contra la tabla de madera, acompañando al tarareo de una vieja canción de amor:

"Soy muy feliz, el mundo es mi canción, bailemos juntos
Tu sonrisa luminosa me regala cada día una nueva ilusión
Bajo el cielo abierto, alcemos las manos y miremos al sol
El futuro es un lienzo en blanco para pintar nuestro amor
Envuelta en tu amor, digo adiós a la tristeza y al rencor".

Un rayo descomunal está a punto de partir la casa en dos, su sacudida enmudece y estremece a la señora Hazel de pies a cabeza y, aunque no puede evitar cortarse, se recompone de inmediato y reanuda su tarea. La tranquilidad de la anciana, por alguna extraña razón, esta vez parece transmitir confianza al gato.

A pesar de la infame tempestad, el felino sale de su escondite. En medio de aquellos destellos fugaces, sus ojos refulgen con una valentía inusitada y, en lugar de entrar en la cocina por si le caía alguna sardinita, pasa de largo.

Avanza hacia el exterior, acelera el paso justo cuando la lluvia golpea las ventanas con más fuerza y los truenos zarandean la casita con un estruendo ensordecedor. Celestine se crece ante aquel alarde de la

naturaleza en su máxima expresión. Casi se puede palpar la electricidad en el aire, por lo que, siendo tan miedoso, es como si una espeluznante sensación de lo desconocido le llamase a la aventura.

Cada relámpago es a sus ojos un destello de magia, revelando por un instante el misterio y la grandeza del mundo de forma irresistible. O quizás sea todo lo contrario y el temeroso Celestine busca sigiloso la salida de una pesadilla tan negra.

Se le ve transmutado, en cada manifestación del caos parece encontrar una razón más para seguir avanzando. Traspone la puerta abierta por un embate del temporal y, sin reparar en los relámpagos que dibujan apocalípticos caminos en el cielo, sale al porche con gran decisión y llega hasta las jardineras del fondo.

El sonido de la lluvia se intensifica y a un relámpago le sigue un trueno que hace temblar su cuerpecito entero. Celestine, sin embargo, permanece inmóvil mientras miles de gotas, arrastradas por un viento huracanado, mojan y arremolinan su pelaje en todas direcciones.

En lugar de hacerlo huir despavorido, aquel infierno parece incrementar una misteriosa sensación de pertenencia a la naturaleza. Sin razón aparente, se mantiene allí, inmerso en esta escalofriante experiencia. El temporal sigue envolviéndolo todo a su paso en una atmósfera sobrecogedora.

El aroma de las flores agitadas por el viento impregna su ser, pero no es ese perfume lo que busca, aunque el mundo se reduce a su hocico. Con

cada inhalación, parece querer distinguir los sutiles matices aromáticos de las flores, pero realmente no disfruta el dulce aroma de las rosas ni el toque cítrico de las gardenias.

Tras olerlas breve pero intensamente, de repente se detiene ante una gazania que dormía temblorosa. Celestine aparta con su naricilla los cálidos pétalos replegados de aquella margarita africana, llamada también flor del tesoro, y guarda algo en su boca que lo envuelve en un haz de luz.

Aquella flor tan especial era la única flor del jardín que cada atardecer acunaba la sinfonía de la puesta de sol. Hasta que las caricias del último rayito del astro rey cerraban sus pétalos para dormir en su interior, y quedar liberado de nuevo con el saludo del alba.

Rodeado de un sutil brillo que emana de su interior, ahora Celestine irradia una belleza y encanto fascinantes. Pero sigue siendo el mismo de siempre, con sus miedos, sus pillerías y achaques. Como suele hacer antes de pedir la cena, tras agitar su cuerpecito para quitarse el miedo y las gotas de lluvia, se despereza sobre las tablas del porche, entra en la casa con andares de gran felino y se mete en la cocina.

Intuye, por una sabiduría ancestral que no entiende de especies, que rescatar ese diminuto fulgor dorado es la única manera de mantener encendida la llama de la esperanza en medio de una oscuridad que amenaza con sumir al mundo en una noche perpetua. Y la señora Hazel se lo agradece:

—Bien hecho, mi gran Celestine. ¡Ese rayito de sol estaba necesitando que



alguien lo protegiera, la gazania no podía con tanta responsabilidad!, — le dice con una media sonrisa, sin apartar la mirada del gato. Ajeno a la tormenta, ahora el minino comienza a ronronear, a lamerse los labios, a mover la cola y a enroscarse entre sus piernas.

La anciana acaba de cortar las hortalizas en un instante y mientras busca la lata de sardinas para premiar a su caballero andante, susurra su canción. Envuelto en un halo de luz eterno, el gato no deja de bailar y de maullar al son de aquella vieja melodía de juventud:

"Soy muy feliz, el mundo es mi canción, bailemos juntos
Tu sonrisa luminosa me regala cada día una nueva ilusión.
Bajo el cielo abierto, alcemos las manos y miremos al sol..."

ESPERANDO A LA MUERTE

Relato de V.S. Tati



Había una vez una anciana que, cansada de vivir, se pasaba el día en la cama. Como en otro tiempo fuera muy alegre y divertida, contaba con muchos amigos y conocidos que no paraban de ir a su casa con el ánimo de visitarla y recordar antiguas fiestas. Tanta visita llegó a fastidiarla; porque a cierta edad prefiere uno la compañía propia que la ajena. Y con ánimo de disuadir a los visitantes para que no acudiesen más a su casa, ante la acostumbrada pregunta «¿Cómo te encuentras?», cogió la costumbre de contestar «Esperando la muerte».

Esta forma de responder obtuvo buen resultado y cada vez eran menos los que se acercaban a verla porque, ¿a quién le gusta que le mencionen la palabra « muerte»? La buena mesa, la cara risueña, el baile y el vino estrecha los vínculos de los que se arremolinan a su entorno, pero dejas de miradas serias, de caras agrias, de malos gestos y de palabras malditas porque inmediatamente os veréis solos como si vivieseis en una isla desierta.

Y os aseguro que la palabra «muerte» es una de esas palabras malditas.

Llegó, pues, el día en el que no hubo nadie que fuese a su casa a interesarse por ella. Entonces cesaron los «¿Cómo te encuentras?» y la consabida respuesta de «Esperando la muerte».

Y la anciana respiró tranquila porque de ese modo podía estar en la cama sin necesidad de levantarse para abrir la puerta.

Pero hay felicidades que solo duran un día. Porque otro de esos días..., tal vez el siguiente...

«Toc, toc». Alguien llamó a la puerta a unas horas realmente intempestivas: ¡Eran las dos de la madrugada!

— Malditas gentes — masculló la anciana, removiéndose entre las sábanas y dispuesta a ignorar esa llamada.

«Toc, toc, toc». Volvió a oírse, incluso con mayor fuerza esta vez.

— ¡Quien sea puede irse al infierno! — gritó la anciana, destapándose únicamente la cabeza para que se le oyese con claridad.

«Toc, toc, toc, toc, toc». Persistió el golpeteo sobre la puerta de una forma más contundente e intimidatoria.

— ¡Ya vaaa! ¡Que ya vaaa! — exclamó enfurecida la anciana, arrojando las sábanas a un lado y poniéndose en pie — . ¡Habrás visto qué exigencias! — iba diciendo aún cuando descorrió el pestillo e hizo girar la puerta sobre sus goznes— .¿Qué es, quién es?—acabó por preguntar.

Cuando la anciana abrió totalmente la puerta vio ante sí a una mujer vestida de negro desde la cabeza hasta los pies. Era alta y delgada. Unos largos brazos le caían muy pegados a los lados, lo que le confería el aspecto de un gran muñecote sin gracia alguna. Su cabeza iba cubierta por un velo también negro por lo que los rasgos de la cara permanecían ocultos.

La anciana sufrió un sobresalto al ver a tan extraña visitante. Un temor súbito le brotó desde los pies y trepó hasta las raíces de sus cabellos.

—¿Quién eres tú? —logró preguntarle a la mujer de negro , sin poder

apartar los ojos de su velo, que oscilaba sin parar a pesar de la calma nocturna.

—¿Quién soy yo, me preguntas? ¿De verdad que no lo sabes? —dijo con una voz ronca la recién llegada.

—¿Y cómo voy a saberlo si cubres tu cara y hablas como lo haría un oso —replicó la anciana, repuesta del susto inicial y sin ganas ya de ocultar el fastidio que le había causado tener que levantarse a horas tan intempestivas.

—Está bien. Dejemos las presentaciones para más tarde —transigió la dama de negro. Pero alargó uno de sus brazos y apartó a la anciana que ocupaba todo el vano de la entrada.

Tras lo cual, accedió al interior de la vivienda.

La anciana cerró la puerta y la siguió sin poder sacudirse la honda impresión que le había causado el contacto del brazo de aquella mujer sobre su cuerpo. ¿Qué extraña aparición era aquella? ¿De dónde había surgido un ser tan singular? ¿Y quién le había dado permiso para invadir su casa con esa desenvoltura?

—Crearás que soy una intrusa, querida —se explicó la nocturna visitante con su voz perruna, mientras tomaba asiento en una silla—. Pero te equivocas. Yo soy tu invitada. Han sido miles de veces las que me has invitado a venir a tu casa, ¡Y aquí estoy por fin!

La anciana no salía de su asombro. ¡Que ella había invitado a aquella desconocida! ¡Qué otra locura se le podría ocurrir a alguien que parecía tan

perturbado!

Yo..., yo... Yo, no... — pudo balbucir la anciana, sentándose, a su vez, sobre el borde de la cama.

—¿Cuántas veces has dicho «Esperando la muerte», querida?—
interrogó la extraña dama —¿Cuántas, cuántas...? —insistió—. Y yo sin poder acudir a tus requerimientos... Te pido infinitas disculpas. En más de una ocasión he intentado llegar a tu casa; pero a medio camino he tenido que dar media vuelta y desistir porque muchísimos otros que estaban por delante de ti en mi lista levantaban la voz —protestaban, sí, querida, protestaban —reclamando mi presencia y yo me veía obligada a atenderlos porque en justicia se lo merecían. —Hizo entonces una ligera pausa y con una voz algo más exultante, anunció—: Pero esta noche por fin he logrado zafarme de todas las obligaciones y aquí me tienes: He podido adelantarte mi visita en diez años.

Tras esta larga sarta de explicaciones le quedó muy claro a la anciana que quien había venido a visitarla era la muerte. ¡Y lo más asombroso era que ella misma había estado durante meses reclamando su presencia!
¡¡¡Durante meses!!! ¡Maldita sea! ¿Quién le mandaría a ella ser tan ligera a la hora de invocar a seres tan horribles como la muerte! ¿Qué hacer, pues? Porque malditas las ganas que tenía ella de hacer un viaje sin retorno con aquella indeseable compañía... Además, según confesión de la Parca aún le hubieran quedado diez años de vida y no estaba dispuesta a renunciar ni a un solo minuto de esos diez años. ¡Tales eran las ganas de



vivir que le habían entrado de pronto!

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo librarse de tan implacable personaje? ¿Querría irse con las manos vacías si ella se lo pedía? En caso contrario, ¿qué clase de resistencia opondría? ¿Estaría poseída de poderes sobrenaturales que la convertirían en un ser invencible sobre todo para las flacas fuerzas de una anciana como ella? ¿Era testaruda, obstinada, indoblegable? O por el contrario, ¿se mostraría comprensiva, dialogante y afable?.

Esto lo pensó la anciana en un segundo. Y para desliar semejante madeja de pensamientos le dijo a la recién llegada:

—Se te ve cansada puesto que enseguida has buscado donde sentarte.

—Siempre que puedo lo hago —le aclaró la Muerte— Considera que mi trabajo es constante.

—Si es así, a mí no me importaría esperar unos cuantos años. Por nada del mundo desearía cargarte con más trabajo —se excusó la anciana, sin dejar de atisbar por el rabillo del ojo cualquier signo que le indicara si su petición era bien acogida.

—¡Oh, no! —replicó la Parca, agitando sus brazos, hasta el punto de hacer caer el velo que le cubría el rostro—. Antes de que asome el sol por el horizonte, habrás de acompañarme al lugar de donde no se vuelve.

La anciana quedó horrorizada al contemplar la cara descubierta de la dama de negro. Los pómulos puntiagudos impedían que sus mejillas pudieran ni siquiera insinuarse. Los ojos eran dos brasas que no cesaban

en ningún momento de lanzar destellos. Su boca se curvaba siniestramente dejando al descubierto una hondura que espantaba. Y por último, su nariz y su mentón eran tan finos y afilados que se podría decir que le servirían de armas si la ocasión lo demandaba.

—Como la salida del sol marcará el fin de mis días en este mundo — señaló la anciana—, aún disponemos de un buen rato. Mientras yo pongo en orden ciertas cosillas de la casa —le propuso a su horrible visitante—, ¿por qué no echas una cabezadita sobre la misma silla en donde te hallas? ¡Se te ve tan cansada!

—¿Cansada, yo? —se escandalizó la Parca—. ¿Acaso ignoras que tengo fama entre las deidades de estar permanentemente dispuesta para el trabajo? ¡Abato miles de cabezas cada día!

—En todo caso —objetó la anciana—, me permitirás que te obsequie con una tisana bien calentita puesto que el relente de la noche parece que te ha privado del color rosado de tu rostro.

La Parca tardó unos segundos en encajar estas palabras y cuando se disponía a rechazar la infusión, ya la anciana se había levantado de la cama y aproximaba una cazuelilla con agua al pobre fuego que aún ardía en el hogar. El propósito de la aterrada dueña de la casa era provocarle un profundo sueño a la Parca mediante una antigua fórmula que aprendió de dos hermanas brujas que fueron sus vecinas durante muchos años.

«Valeriana, toronjil, lavanda, fríjoles y ortigas», iba arrojando al caldero a medida que recordaba los ingredientes. «Ala de grillo, cola de rata y saliva

de sapo», recitaba a continuación, mientras añadía las dos primeras y lamentaba no disponer de la última.

—A sorbitos, señora, a sorbitos —le recomendó— No vaya a abrasarse la lengua.

La Parca bebió tal como le aconsejaba la anciana y al instante quedó sumida en un profundo sueño que, incluso con todo su poder, fue incapaz de evitar.

Cuando tuvo la seguridad de que su terrible visitante dormía apaciblemente sin enterarse de cuanto ocurría a su alrededor, la anciana hizo un pequeño envoltorio con las cosas que más estimaba y escapó de la casa a todo correr. Atravesó ríos; atravesó montañas; puso mares entre ella y su antigua vida; tiñó sus cabellos de este color y, a la semana, de este otro; olvidó cómo se llamaba porque cada día tenía un nombre nuevo; y, en fin, tal gusto le agarró a la vida que no hubo fiesta a la que no acudiese, ni baile que no bailase, ni canción que no entonase.

El tiempo no es algo que se queda quieto. Los años se sucedían. Pasaron diez. ¿Y sabéis qué? Que a pesar de todas sus tretas, la Parca dio con ella aun encontrándose en el lugar más recóndito de la tierra.

Os voy a contar cómo sucedió. Hallábase la anciana ocupada en la ejecución de una danza, cuando un traspies la hizo acabar en el suelo. El golpe que se dio en la cabeza y la sangre que manó de sus oídos la obligó a detener sus frenéticas contorsiones y a buscar un lugar en donde tenderse y esperar una recuperación que ella creía pronta. Pero sabido es por todos



que cuando fluye la sangre hay unos seres en la naturaleza — tales como la Noche o el Día, la Oscuridad o la Claridad, el Viento o la Calma, las Nubes o el Sol, la Temeridad o la Osadía, y cientos de ellos más — que se ven en la obligación de alertar a la Muerte y solicitar su comparecencia para que sea esta la que determine cuanto procede en momentos tan cruciales.

Tumbada, pues, en el suelo y olvidada por los demás danzarines, vio acercársele a una hierática dama de negro que le tendía los brazos, mientras le decía:

—Me engañaste una vez. Pero hoy vendrás conmigo.

La anciana permaneció tranquila a pesar de que la Parca no se tapaba el rostro con un velo. Incluso no le pareció repugnante como la primera vez que la vio. Se levantó extrañamente ligera y comenzó a seguir a la que solo se asemejaba, en esa ocasión, a una pobre, insignificante y lastimosa sombra, que le iba marcando el camino sin ni siquiera volverse para mirarla.

UN ÁLAMO EN EL JARDÍN

Relato de Queta Monfort

La señora Galarraga tenía un bonito jardín. En su centro se alzaba un álamo a donde iban a pernoctar los estorninos de aquellos alrededores. Era un álamo de apenas veinte años. Lo había plantado la misma señora Galarraga unos días después de desaparecer su primer marido. Se trataba del señor Elio Suárez, un diestro ebanista al que no le importó en su día dejar la ebanistería, la furgoneta y cuantas herramientas disponía para realizar su labor profesional, y esfumarse como lo hace el humo de un cigarrillo. No hubo manera de dar con su paradero. La policía interrogó no solo a su esposa, sino que dirigió sus pesquisas a familiares y vecinos que no pudieron hacer otra cosa que levantar los hombros en señal de desconcierto o ignorancia. Que cómo era el carácter del señor Suárez. Que si su matrimonio se podía considerar normal. Que si algún vecino le tenía inquina o era él quien hostigaba a alguien. Que si bebía, qué bebía y con quién. Que si tenía deudas o se le debía a él... Los sabuesos estuvieron muchos días con las antenas orientadas y, como vulgarmente se dice, con los dientes apretados sobre la presa. Lo malo es que no había tal presa. Tan pronto las sospechas apuntaban a la señora Galarraga, como de pronto giraban y señalaban a un vecino o al repartidor de la leche. “Muchachos”, señaló un buen día el jefe de los sabuesos con el tedio reflejado en el rostro, “¿es que a nadie se le ha ocurrido que simplemente ese sujeto se ha cansado de clavar chinchetas y, sin más, se ha largado, hastiado de la vida que llevaba?”.

Persuadidos de que su jefe no había llegado a las alturas de su cargo por una casual conjunción de los astros, recogieron sus bártulos, movieron sus coches y en cuestión de minutos desaparecieron como si nunca hubieran existido.

Ocultas tras los visillos, la señora Galarraga sonreía mientras levantaban el vuelo los que habían jugado a ser investigadores. Solo ella sabía qué había sido del señor Suárez.

Fue entonces cuando a la mujer se le ocurrió la idea de plantar un pimpollo de álamo en mitad del jardín.

Pasaron los meses y el caso del ebanista quedó reducido en la comisaría a media cuartilla, cruzada de arriba a abajo con la palabra “archivado”. Aquel sujeto había desaparecido, quién sabe si a la fuerza o por voluntad propia. Pero sinceramente, ¿a quién podía importarle?

Tan pronto como la ley se lo permitió, la señora Galarraga hizo los trámites para declarar a su desaparecido marido como muerto. Y una vez que lo consiguió, contrajo matrimonio con el señor Severino Ochando, un constructor de tres al cuarto que toda su vida había estado enamorado de la señora Galarraga.

Mientras estos acontecimientos se sucedían, el álamo iba convirtiéndose en un espléndido árbol que ya proyectaba su sombra en todo el jardín. Fue para el año de haberse casado con el señor Severino, cuando los estorninos de los alrededores eligieron el álamo como refugio nocturno.

Y fue también cuando a la señora Galarraga le empezó a dar miedo la noche.

Será preciso aclarar en este punto que la señora Galarraga y el señor Severino dormían en distintas habitaciones. Él había elegido la suya en la parte que daba a poniente, porque sus dimensiones le permitían situar una mesa de despacho en uno de los lados y una pequeña estantería donde colocaba los planos de las obras que llevaba entre manos o que llevaría en un futuro próximo. Tras esa mesa pasaba largas horas y no le importaba que la madrugada se le echase encima. Era una forma de no procurarle molestias a su esposa.

Esta, en cambio, siguió ocupando la habitación que siempre había sido la suya y de su primer marido. Era una habitación más reducida que la anterior, pero bastante más coqueta y cuyo ventanal daba directamente al jardín.

La señora Galarraga solía acostarse temprano y no entretenía su tiempo leyendo o hablando por teléfono con alguna amiga. En cuanto se ponía entre sábanas, cerraba los ojos y dejaba que el sueño la transportara a esas regiones etéreas de complejo significado. Lo cierto es que sus sueños eran apacibles y le dibujaban una amplia sonrisa que aún conservaba cuando despertaba por la mañana.

Bueno, así había sido hasta hacía bien poco. Porque desde unas cuantas noches atrás, la señora Galarraga se despertaba a altas horas sobresaltada, sudorosa y con unas ganas locas de buscar compañía.

¡Y qué mejor compañía que la de su esposo, el señor Severino, que ocupaba la habitación de enfrente!

—¿Qué ocurre, Gala? —le preguntaba este, cuando la veía empujar la puerta de su cuarto—. ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro...Me encuentro...—trataba entonces ella de explicar, aunque no sabiendo qué decir, callaba y a veces hasta le caían algunas lágrimas.

Cuando comparecían las lágrimas, el señor Severino solía levantarse de la cama, la estrechaba contra el pecho y la acompañaba de nuevo a su habitación. Una ligera inspección le devolvía a ella la tranquilidad necesaria para buscar de nuevo el reposo hasta la mañana siguiente.

Pero llegó el momento en que la señora Galarraga supo la causa de su terror nocturno.

Fue en la época en que se despertaba tres y hasta cuatro veces cada noche presa de una gran agitación.

—No sé qué es; pero hay algo que me despierta... —se quejaba a su marido, descompuesto el rostro y enfebrecidos los ojos.

Y como todas las noches se producían los mismos hechos, don Severino le propuso permanecer en la alcoba de su mujer para tranquilizarla y, llegado el caso, determinar el motivo de sus desvelos.

Acostada ella en la cama y sentado él a su lado en un sillón, iba transcurriendo la noche y nada venía a alterar el descanso de la mujer. Marcaban ya la una las manecillas del reloj, y todo continuaba igual.

Cuando esas mismas manecillas marchaban hacia las dos: “tin, tin, tin” un ruidito, al principio casi imperceptible, pero nítido, se oyó por la parte de la ventana.

Don Severino aguzó el oído y casi al instante volvió a oír otro: “tin, tin, tin”, al tiempo que la señora Galarraga incorporaba medio cuerpo en la cama y lanzaba un espeluznante grito, tras el cual se puso a gesticular y a llorar como una auténtica poseída.

—Tranquilízate, querida. He descubierto qué te perturba— intentó sosegarla don Severino—. Se trata de las ramas del álamo que golpean contra los cristales de la ventana. No tienes nada que temer. Mañana mismo las podaré —concluyó.

Pero a la mañana siguiente no hubo tal poda. La señora Galarraga le prohibió a su cónyuge que se dedicara a ello.

—Ni se te ocurra, Severino, tocar ese árbol. Yo lo planté y solo yo decido sobre él.

Una vez descubierta la razón de su insomnio la señora Galarraga no se curó de sus espantos. Todo lo contrario. Cada noche se la pasaba atisbando el ventanal a la espera de los ruidos que se producían con el roce de las ramas. Estaba obsesionada e incluso apuntaba en una libretita ciertos signos que a lo largo del día no paraba de contemplar.

—¿Qué son estos puntos, qué son estas rayas? —le dijo su marido, en una ocasión que ella olvidó la libretilla en la mesa y él pudo ojearla.

—Son los ruidos que hace el álamo golpeando los cristales de mi

habitación —le contestó ella. E incluso le aclaró —: Los golpes cortos los dibujo con un punto y los largos con una raya.

Don Severino albergó la sospecha de que a su mujer se le había apagado alguna luz en la cabeza y trató de pasar del tema.

Se sucedieron los días y también las noches. Durante el día, la señora Galarraga pasaba horas enteras contemplando el álamo sin decir palabra. Y por la noche, se acostaba temprano y solo cerraba los ojos cuando ya había llenado unas cuantas hojas con puntos y rayas.

—No sé qué le ocurre a mi mujer —le confesó don Severino a un amigo suyo muy aficionado a la parapsicología y a las ciencias ocultas—. Se pasa el día mirando y hablándole al álamo de nuestro jardín. Y por las noches, apenas duerme dibujando puntos y rayas que, según dice, es la forma que tiene el álamo de comunicarse con ella.

El amigo consideró interesante el caso y, tras meditarlo unos cuantos días, le propuso a don Severino:

—Necesito ver el cuaderno de los puntos y las rayas. Es preciso averiguar si se trata de mensajes o simplemente ha perdido la cabeza su mujer.

Como no había forma de que la señora Galarraga se desprendiese de su cuaderno, don Severino aprovechó las altas horas de la noche para introducirse en su habitación y, mientras ella dormía, copiar unas cuantas anotaciones, que puso en manos de su amigo a la mañana siguiente.

—Aquí tiene —le dijo, alargándole un papel.

El amigo parapsicólogo estuvo contemplando los signos en silencio un buen rato, tras el cual aventuró:

—¡Esto tiene envidia! ¡Ya lo creo! Me va a permitir que se lo lleve a un amigo mío muy versado en egiptología por si es capaz de descifrarlo.

A lo cual, don Severino no tuvo nada que oponer.

Pasaron las semanas y la salud mental de la señora Galarraga iba de mal en peor. Ella aseguraba que el álamo golpeaba ya en todas las ventanas de la casa e incluso en las puertas, dieran estas o no al jardín.

Frecuentemente, prorrumpía en gritos desaforados, pasaba de unas estancias a otras, o se ovillaba en el sofá, temerosa de que las ramas del álamo la alcanzasen para golpearla, según decía.

Don Severino asistía a este espectáculo entre asombrado y perplejo. Él, aparte de los golpecitos en la habitación de su esposa, no advertía ningún ruido que lo alertase.

—Pero Gala —le decía a su compañera de casa —, ¿qué más oyes, qué más ves? Te aseguro que no advierto nada de lo que dices.

—¡Seve, Seve! —le contestaba ella con grandes aspavientos—. ¿Acaso piensas que estoy loca? ¿Que me lo invento todo?

—Déjame podar las ramas que golpean en los cristales —le proponía él por centésima vez.

Pero ella, encrespada, le respondía—: Ya te he dicho que ni se te ocurra tocar el álamo.

Este tipo de respuestas obligaba a don Severino a cifrar todas sus

esperanzas en los estudios que su amigo, el parapsicólogo, y el amigo de este, el egiptólogo, estaban realizando sobre los puntos y las rayas copiadas del cuadernillo de su mujer.

Tras la larga espera que estos casos requiere, los dos hombres de cienciaconvocaron a don Severino en la terraza de una cafetería céntrica para darle sus pareceres sobre los extraños signos:

—Estos puntos y estas rayas —le dijeron casi al unísono— pertenecen al alfabeto Morse.

Y fue el egiptólogo el que siguió hablando:

—Observe usted —y se inclinó hacia don Severino con el folio que este le había dado días antes—: punto, punto, punto// raya, raya, raya// punto, punto. ¿Está claro, no? Esos son los golpecitos de las ramas contra los cristales, ¿no es así?

Don Severino miró perplejo a los dos hombres. No entendía nada. ¿Qué le estaban diciendo en realidad?

—La transcripción de “punto, punto, punto” es la letra “S” — le aclaró el parapsicólogo.

— Mientras que “raya, raya, raya” es la letra “O” —continuó el egiptólogo.

—Pero... —trató de intervenir don Severino.

—Espere —le interrumpieron sus dos interlocutores—. Nos faltan los dos puntos. “Punto, punto” hay que considerarlo como la letra “i”. Con lo que uniendo las tres letras tenemos la palabra “soi” —concluyó el

egiptólogo.

—¿“Soi”? —clamó don Severino cada vez más confundido—. ¡Y qué puñetas significa la palabra “soi”!

—Considerando que en otras esferas no deben tener en cuenta las reglas de ortografía que nos damos los humanos —aclaró el entendido en ciencias ocultas—, la palabra “soi” también se puede interpretar como “soy”.

—De acuerdo —concedió don Severino—. ¿Y...?

—Pues que tendremos que atender a la siguiente palabra que figura en las anotaciones que usted nos trajo —le aclaró el egiptólogo.

—En efecto —continuó el otro, poniendo su índice sobre los siguientes signos—: “Punto, punto”, seguido de “raya, raya, raya” que aplicándoles sus correspondientes significados venimos a conformar la palabra “io”, o dicho de otro modo, “yo”.

—Con lo cual, el mensaje completo es “Soy yo” —concluyeron ambos intérpretes uniendo sus voces.

Tras estas averiguaciones, don Severino no supo qué carta jugar. Por una parte advertía cierta credibilidad en la teoría de los doctos sabios consultados; pero por otra, algo le señalaba que bien podría tratarse de elucubraciones propias de alguien que se encuentra alejado del mundo real. Además, ¿con qué cuento irle a su mujer? Ella ignoraba los pasos que él había dado para interpretar el contenido de su cuaderno. Ni siquiera sospechaba que había olisqueado entre sus páginas. Y en todo caso, ¿qué

significado tenía ese enigmático “soy yo”? ¿Tendría sentido para ella? ¿La pondría sobre la pista de algo, de alguien...?

Debatiéndose, pues, entre tantas dudas, don Severino optó por no comunicarle a su esposa el fruto de sus averiguaciones y acentuar la vigilancia sobre esta con el fin de recabar más datos que pudieran contribuir a desentrañar tan complejo misterio.

A medida que pasaban los días, la señora Galarraga se mostraba más alterada. Había ocasiones en que salía al jardín y entablaba discusiones a grito pelado con el álamo, como si se tratara de un intruso que invade la casa y al que solo se puede despachar a la fuerza. En otras, conversaba con el árbol sin levantar la voz, como manteniendo una intimidad en la que nadie más tenía derecho a intervenir.

—¿Qué le dices? ¿Qué te dice el álamo? —le preguntaba entonces don Severino.

Pero la señora Galarraga callaba, daba media vuelta y desaparecía en el interior de la casa.

—¿No crees, querida —le dijo en varias ocasiones él—, que deberíamos buscar la ayuda de un buen psicólogo?

Ante la negativa de esta, don Severino se vio en la necesidad de buscar de nuevo la ayuda del parapsicólogo y de su amigo. Con el fin de que pudieran avanzar en sus pesquisas, les proporcionó algunas copias más del cuadernillo de su mujer, que pudo conseguir no sin cierto riesgo de ser descubierto.

Pasados los días de precepto, se reunieron los tres hombres en la misma céntrica cafetería que la anterior vez y comenzaron su charla:

—¡Muy interesante, muy interesante! —intervino el egiptólogo—.

Usted, don Severino, nos ha aportado unas anotaciones muy interesantes.

—¡Muy interesantes, sí mucho! —aclaró el parapsicólogo. Y añadió, ahuecando la voz: — ¡Y muy preocupantes!

Don Severino ora miraba a uno , ora a otro; no sabiendo muy bien en qué cara detenerse.

—Pueden ser ustedes más explícitos — se atrevió, al fin, a pedir.

—Podemos, podemos —dijo el egiptólogo, buscando con la mirada la aquiescencia de su compañero de investigación. Y advertida esta, continuó: — Con el estudio de los nuevos datos, ya podemos asegurar con rotundidad que efectivamente el álamo se comunica con su mujer a través del alfabeto Morse. No sabemos con certeza las preguntas que le formula ella, puesto que únicamente emplea la voz, pero las podemos deducir por las respuestas que da el álamo.

—“Soy Elio. Tú sabes que soy Elio”, le dice en una ocasión en que ella, indudablemente, le exige que se identifique —le explica el parapsicólogo a don Severino.

Ahora es el egiptólogo el que hace vibrar su voz, mientras lee el significado de otro mensaje:

—“Sácame de este encierro. Añoro la luz del día. Las raíces me atrapan y me devoran. ¡Sácame, sácame!”.

El parapsicólogo coge el último apunte y concluye con la voz cavernosa que ha adoptado para la ocasión:

—“Si no me liberas, iré a por ti en mitad de la noche, mientras duermes”.

Don Severino queda totalmente confundido. Es indudable que su mujer, tras acabar con la vida de su antiguo marido, lo ha enterrado en el jardín, ha plantado un álamo sobre el túmulo y este hecho la está volviendo loca.

Antes de despedirse de sus amigos, don Severino les entrega los últimos apuntes que ha tomado del cuadernillo de su esposa para que sigan con sus pesquisas. Quiere enterarse hasta de los más mínimos detalles antes de tomar una decisión.

Cuando don Severino llega a casa, su mujer lo espera despierta. El pelo desgreñado, los ojos encendidos, los músculos de la cara contraídos, los dedos de las manos agarrotados... Todo indica en ella que se halla en medio de un tormentoso delirio. No le habla, rehúye su mirada, deja sin contestar algunas breves preguntas que él le formula... Da unas cuantas vueltas por el comedor como si algo la inquietara profundamente y, al poco, se dirige a su habitación y se encierra con llave por el interior.

Don Severino empieza a sentir lo que es el miedo. Algo le dice que en aquella casa no se halla seguro. Cree oír ruidos por todas partes. Primero, ruidos sordos. Luego, golpes. Don Severino llega a pensar que la casa entera tiembla, que está a punto de desmoronarse. Presa del pánico, se

asoma al ventanal que da al jardín. ¡El álamo! ¿Dónde se encuentra el álamo? En su lugar hay un hueco enorme, como si las raíces del árbol hubieran pugnado por salir de la tierra y lo habían conseguido. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso un árbol podía desenterrar sus pies y salir del lugar donde ha crecido como si tal cosa?

Don Severino se halla preso de la más honda confusión, cuando suena el teléfono. Es un timbrado estridente, como nunca antes lo había escuchado. No sabe si coger el auricular o simplemente ignorarlo. Por una parte, la casa tiembla. Por otra, el sonido que emerge del teléfono parece estar exigiéndole que lo coja sin más demora. ¿Qué hacer? Que espere el intruso que lo llama en un momento tan inoportuno. ¡Que espere! ¡¡Que espere!!!

Pero una fuerza superior a su razón le hace dirigirse como un autómatas hacia el negro utensilio que no para de sonar: “¡Riiiiigg! ¡Riiiiigg! ¡Riiiiigg!” Don Severino es en esos momentos un autómatas. Su mano actúa, pues, por inercia. La voluntad se ha esfumado de su interior desde que aquel maldito timbre se ha puesto a bramar.

—¡Severino, Severino! —le dice una voz sumamente alterada cuando descuelga. Es su amigo el parapsicólogo. Y añade a gritos—: ¡Severino, salga de esa casa! ¡Huya! ¡Su vida corre peligro!

—¿Qué...? ¡Yo...! —articula, el desconcertado hombre.

—Escuche Severino, tiene que salir de esa casa. Su mujer y el álamo quieren acabar con su vida —le advierte el parapsicólogo desde el otro lado



de la línea telefónica—. Acabo de descifrar la última página del cuadernillo de su mujer y muy claramente dice que hoy, esta misma noche, van a asesinarlo. ¡Salga de esa casa! ¡No pierda ni un segundo!

Don Severino ve cómo el teléfono se le cae de la mano. Es demasiado horroroso lo que acaba de escuchar para que sea cierto.

En ese instante, una rama del álamo rompe con suma violencia uno de los cristales del salón y está a punto de atraparlo, arrastrando en su intento cuanto encuentra a su paso. Por la chimenea asoma otra de las ramas que tantea el aire y provoca la caída de la lámpara y de los cuadros de las paredes. Por los huecos que van abriendo las ramas del álamo en la fachada entran grandes bandadas de estorninos que no dejan de alborotar y de lanzar frenéticos chillidos.

Don Severino corre hacia su habitación. Tal vez sea un refugio seguro puesto que se encuentra en el lado opuesto al jardín. Pero cuando se adentra en el pasillo, la señora Galarraga abre súbitamente la puerta de su dormitorio y emerge con un cuchillo de afilada punta dirigido hacia él. La mujer exhibe unos ojos furibundos, las manos le tiemblan...

—¡Qué ocurre, Gala! —exclama don Severino, terriblemente asustado—. ¿Te has vuelto loca?

— El álamo reclama más sangre. La tuya o la mía. Uno de los dos dormirá para siempre envuelto en sus raíces —responde ella mientras se abalanza, dispuesta a clavarle el arma en el pecho a su marido.

Este esquiva de un salto la furibunda acometida de la señora Galarraga

y escapa hacia la puerta de la vivienda; pero en ese instante una rama del álamo lo atrapa antes de que cumpla su objetivo y lo arrastra hacia el agujero que se encuentra abierto en mitad del jardín.

Los siguientes días contemplan la llegada de unos policías que indagan sobre la desaparición de don Severino. ¿Qué ha sido de él? ¿Quién lo vio por última vez? ¿Tenía algún enemigo? ¿Era un buen esposo? ... Todas estas arduas indagaciones aún se habían vuelto más complicadas con la aparición de dos chalados que esgrimían no se sabía qué extrañas teorías acerca del alfabeto Morse y de un álamo asesino que mataba en connivencia con la señora Galarraga. Hubo que amenazarlos para que se fueran y no se entrometieran en el trabajo de los agentes. El jefe, para asuntos como este, era un verdadero lince que sabía cómo ahuyentar intrusos.

Una semana después, la señora Galarraga, medio oculta tras los visillos de una ventana observaba cómo los agentes se metían en su furgoneta y desaparecían por donde habían venido, sin llevarse nada entre las manos. Una enigmática sonrisa se dibujaba en el rostro de la mujer.

En el jardín, el álamo había crecido unos cuantos centímetros y los estorninos seguían cobijándose en su copa, tras las bulliciosas correrías de cada jornada.

UNA MUERTE REPENTINA

Relato de Gio Jabelson

Había dejado esta vida sin proferir un ¡ay!. Súbitamente. La buena mujer, Mágica-Lorena para todos, pero Magi para Leonardo, su marido, estaba echada en la cama, ausente ya el calor de su cuerpo. Fría.

—¡Magi! —la había llamado él al despertar aquella mañana y descubrirla inerte a su lado—. No pretenderás dejarme solo. Sabes que soy un completo inútil; que sin ti no entiendo nada de esta vida.

Al no hallar respuesta, se levanta de la cama y se dirige al salón. Coge el teléfono, espera a oír el zumbido del tono y marca un número. El teléfono era de los antiguos; de esos que tienen una rueda con agujeros y que vas moviendo con un dedo.

—¿Quién es? —oye a través del auricular.

Es su hija Claudia quien ha hablado.

—Soy yo, tu padre —le contesta, al tiempo que se da cuenta de que se halla descalzo. Deja el teléfono colgado de su cable y vuelve a la habitación. Al entrar, se queda unos segundos contemplando el cadáver de su querida Magi; pero luego, volviendo en sí, recuerda para qué había vuelto allí y se dirige a su parte de la cama. Se sienta sobre el borde y se pone las zapatillas de fieltro que Magi le había regalado en su último cumpleaños. A continuación, arrastrando los pies como si los llevase encadenados, vuelve al salón, coge el teléfono que aún se balancea colgado del cable y dice—: Claudia, querida, ¿estás ahí?

—Sí, papá, aún estoy aquí. ¿Cómo has podido dejarme con la palabra en

la boca?

—Hija, estaba descalzo. He ido a ponerme las zapatillas. Ya sabes que a tu madre no le gusta que vaya sin ellas por la casa.

—Está bien, papá. Dime, ¿para qué me llamas?

—Te llamo porque tu madre... Tu madre...

—¿Qué le pasa a mamá? Anda, dile que se ponga . Ella me explicará lo que sea.

—Sí, ahora... Ahora se lo digo —contesta, soltando de nuevo el auricular y encaminando sus pasos hacia la habitación donde su mujer se halla sin vida.

Se para en el umbral, mira hacia el interior, da media vuelta y regresa. Atrapa el teléfono.

—Claudia —dice—: Mamá no puede ponerse.

—¡Cómo que no! —responde la voz desde el otro lado de la línea—.

Ella nunca sale de casa tan temprano.

—No..., no..., no —la interrumpe su padre —. No es eso. Es que creo... que está muerta.

—¡Cómo! ¡Qué! Papá, piensa en lo que dices. Pásale el teléfono a mamá.

—Yo se lo paso si quieres. Pero no te va a hablar. ¡Está muerta, Claudia! ¿Me oyes? ¡Está muerta!

—¡Tranquilo, papá! En quince minutos estoy ahí. Pero si es una de tus bromas...

Su hija ha colgado y él se queda en medio del salón sin saber muy bien

adónde dirigir sus pasos. Hace el intento de caminar hacia su habitación; pero de pronto, cae en la cuenta de algo muy importante y regresa junto al teléfono. Consulta en un cuadernillo que se encuentra al lado y marca un número.

—¿Es la funeraria Estrella Luminosa? —pregunta, cuando advierte que alguien le escucha.

Y ante la respuesta afirmativa, continúa:

—Les llamo para notificarles la muerte de mi esposa.

Alguien está hablando al otro lado de la línea. Cuando cesa esa voz, es él quien continúa:

—Mi esposa se llama...se llamaba Mágica-Lorena Marquina Rodas.

Escucha unos segundos antes de volver a hablar:

—Yo me llamo Leonardo Escribano. Y sí, soy su marido. Mi mujer y yo los esperamos. Vengan lo antes posible.

Instantes después llega a la casa Claudia. Ha abierto con sus propias llaves. Un silencio profundo envuelve el salón.

—¡Papá, mamá! —llama en voz alta.

Nadie le responde. Alarmada, se dirige al dormitorio de sus padres. Allí los encuentra. Muy quietos. Muy en la postura de los muertos; sobre todo él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Papá! ¡Mamá! —grita Claudia y agita con fuerza a su padre por los hombros.

—¡Qué ocurre! ¿Qué te pasa? —exclama Leonardo, zafándose como

puede del ataque de su hija.

—Pero papá, ¿qué broma es esta? ¡Estáis vivos! —casi le reprocha su hija.

—¿Vivos? —le responde su padre, medio incorporándose en la cama—. Puede que yo sí lo esté. Pero te aseguro que tu madre no lo está.

—¡Cómo! ¡Qué! —exclama Claudia, observando con mayor detenimiento a su madre—. ¡Madre, Madre! —la llama con la voz desgarrada, arrojándose sobre ella.

En ese momento se oye el timbre de la casa.

—Deben ser los de la Estrella Luminosa — advierte el hombre, poniéndose en pie—. Los he llamado para que vinieran a prepararnos a tu madre y a mí.

—¡A mamá y a ti! —logra articular Claudia—. ¿Pero qué locura es esa? ¡Tú estás vivo!

Sin hacer ninguna objeción, a paso lento, arrastrando los pies, se dirige a la puerta de donde surge un segundo timbrazo.

—Pase, pase —le dice al abrir al funcionario de la funeraria cuando está frente a él.

—¿Es usted don Leonardo? —le pregunta este, antes de dar un paso al interior.

—Sí, sí. Pase. Mi mujer ha muerto súbitamente esta noche. Haga lo necesario para que, a lo más tardar mañana, nos entierren —le aclara el recién estrenado viudo.

—Descuide usted, que todo se hará a su gusto, señor —le asegura el funcionario en un tono muy profesional. Pero de pronto, se detiene en medio del salón como si un rayo divino lo hubiera convertido en una estatua de sal—. Querrá usted decir que prepare el entierro de su esposa, ¿no, don Leonardo? —puntualiza, creyendo haber oído mal.

—¡No, no! Prepare el entierro de ella y el mío, de ambos.

—¡Ejem! —se permite una discreta tosecilla el empleado—. Mucho me temo que no llego a... Dígame, don Leonardo, ¿hay algún familiar suyo en la casa? ¿Tal vez... un hijo?

—Una hija —le contesta Claudia, emergiendo del interior de la casa. Unas lágrimas perlan el cristalino de sus ojos.

El padre la contempla emocionado un instante; pero, dirigiéndose al empleado de la funeraria, le dice:

—Bueno, pasemos a lo que nos ocupa. ¿Cuándo piensa que nos van a enterrar a mi mujer y a mí? ¿Lo tiene, usted, todo dispuesto?

—¡Cómo! ¡Cómo! —se muestra confundido el interpelado—. ¡Pero usted está vivo, señor mío! ¿Qué está insinuando?

Don Leonardo no se arredra ante estos inconvenientes.

—Si el problema es que estoy aún vivo, ahora mismo me pego un tiro en la sien y todo arreglado —le dice, con la naturalidad de quien pide una copa de vino en el bar de la plaza—. Pero preferiría que me enterrasen estando vivo.

El funcionario cree que el mundo se tambalea, que aquellas paredes

se van a venir abajo de un momento a otro.. Dudando de la salud mental del dueño de la casa, se vuelve hacia Claudia, que ya se encuentra más serena, y le dice:

—¡Pero usted ha oído, señorita! ¡Quiere que lo entierremos junto a su mujer!

Claudia tampoco se puede creer lo que ha manifestado su padre. ¿Qué tontería era esa?

—¡Papá, papá! Hoy no es día para bromas —le recrimina—. ¡Mamá está muerta ahí al lado!

—No estoy bromeando, hija. Hablo muy en serio. Tu madre ha muerto de repente esta noche. Se nos ha quedado pendiente no solo despedirnos; sino infinidad de cosas que llevábamos entre manos. Necesitamos hablar aún nuestro buen tiempo.

—¡Alto, alto, alto! —interviene abruptamente el empleado de la funeraria—. Algo tendré que opinar yo, ¿no les parece?

Y como los otros dos quedan a la espera de lo que tiene que decir, continúa, dirigiéndose al viudo:

—Usted, señor mío, no puede recibir sepultura mientras esté vivo: eso, al menos, es lo que señalan las leyes de este país.

—Está bien; ya le he dicho que un tiro lo arregla todo —replica, sin inmutarse, don Leonardo. Aunque inmediatamente, una idea viene a iluminarle —: O mejor aún: mi mujer no sale de esta casa...por ahora. La necesito aquí unas cuantas semanas.

—Definitivamente, has perdido la razón, papá —le reprocha Claudia; y, muy ofendida, se dirige a la habitación donde yace su madre.

Cuando quedan solos, don Leonardo interroga al empleado de la funeraria:

—¡Y bien! ¿Qué me dice usted?

—¿Yo? ¿Qué he de decirle a usted, buen hombre? —se excusa—. Lo cierto es que no hay ninguna ley que le obligue a enterrar a su mujer ni en un día ni en dos...

—Ni en una semana... Ni en dos...— añade el anciano.

—No, no hay nada legislado sobre estos asuntos. Pero le advierto — señala con su voz de funcionario el otro —, que las normas de Sanidad son muy estrictas a este respecto y exigen que la fallecida debe ser conservada de manera que su descomposición no cause problemas de Salud Pública.

—Le aseguro, señor mío —lo tranquiliza don Leonardo—, que así será.

Tras estas palabras, gira sobre sus talones, se dirige hacia el lugar donde aún cuelga el teléfono y después de marcar, encarga un congelador de dos metros de longitud.

—Mi mujer va a estar debidamente conservada durante estos quince o veinte días que permanecerá a mi lado —le informa al agente de la funeraria, que no sale de su asombro mientras abandona la casa.

—Y ahora, hija mía —le dice a esta en cuanto la ve aparecer de nuevo por el salón—, puedes regresar a tu casa. Las próximas semanas voy a estar muy ocupado hablando con tu madre de todos los asuntos que hemos



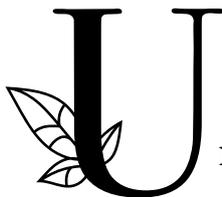
dejado pendientes a causa de su muerte repentina.

Antes de irse, Claudia tiene que prometerle a su padre que durante tres semanas no lo molestará con llamadas y, mucho menos, acudiendo a la casa.

Pero a los doce días, no puede soportar más su impaciencia y se presenta allí. Los halla a ambos metidos en el congelador, abrazados y con una sonrisa de felicidad eterna dibujada en sus rostros.

MORIRSE SIN DARSE CUENTA

Relato de Sita Farah Monroe

na densa niebla había bajado de las montañas y lo envolvía todo. Cerré los ojos y los volví a abrir con la esperanza de encontrarme un día luminoso, cruzado por la telaraña amarilla que solía tejer el sol. Inútil intento. La turbia capa de aire seguía enseñoreándose de aquel camposanto que me resultaba tan familiar. Yo lo visitaba dos veces al mes. Me detenía frente a una lápida en la que, cuando la luz lo permitía, aún podía leerse: “En memoria de mi madre que murió sin darse cuenta. Su afligida hija Elisa”. Ni qué decir tiene que yo era su hija, su afligida hija. Mi padre quiso que se escribiesen esas palabras sobre aquel rectángulo de mármol.

Cada quince días me llegaba hasta allí. Sin importarme las piedrecillas que se me incrustaban en las piernas, me arrodillaba y mi mano se alargaba hasta el ligero túmulo bajo el cual dormía mi madre y depositaba dos rosas recién cortadas. Una roja y otra blanca. Roja como la sangre que le brotaba del pecho el día en que murió y blanca como la blusa que llevaba. Mancha roja sobre fondo blanco.

Tras ofrecerle las flores, mis recuerdos volaban atravesando los años ocultos ya en el pasado.

Yo era una niña de ocho años. Mi madre se me presenta como una mujer joven, vivaz y con el brillo del universo instalado en sus ojos. Cantaba frecuentemente y bailaba, al tiempo que me abrazaba y me hacía girar en volandas y me estrechaba entre sus brazos. Éramos felices.

Supongo que lo éramos. Mi padre, sin embargo, nos miraba a distancia y con el gesto un tanto huraño.

Muchas tardes, cuando el sol ya retrocedía ante la presencia del inhóspito anochecer, nos visitaba la única vecina que teníamos. Ella vivía en una casita azul frente a la nuestra que solamente era blanca. Ambas casas se hallaban al borde de un camino muy poco frecuentado y bastante solitario, puesto que llevaba a una fuente ya agotada desde hacía bastante tiempo. La mujer vivía sola a pesar de que los años la habían invadido por los cuatro costados. Nosotros, en cambio, formábamos una familia, aunque, cierto era que de solo tres miembros. Esta vecina nuestra se llamaba Marucha, pero todos en el pueblo la llamaban “la vieja Marucha”. A pesar de los muchos años pasados, recuerdo su forma de mirar, puntiaguda como una flecha; las arrugas de su rostro, profundas y numerosas; el color cetrino de su piel... Cuando hablaba, arrastraba las palabras antes de soltarlas del todo y las acompañaba de un tenue silbido que surgía de las oquedades que dejaba su maltrecha dentadura.

La anciana sabía que mi padre rechazaba su presencia en nuestra casa. Por eso acudía a visitarnos un rato antes de que él regresara del trabajo; pero a la hora de volver a su casa, arrastraba los pies más de lo necesario con el fin de hacer tiempo para que mi padre aún pudiera ver su silueta cruzando el camino.

—¿Qué quería la vieja? —nos preguntaba entonces mi padre, apenas ponía un pie en casa.

—Solo ha venido a pedirnos sal —respondía mi madre, sin querer darle más señales porque sabía que no quería que nos frecuentara.

—Tened cuidado con ella: ha estado en la cárcel y no por nada bueno —nos amonestaba mi padre, con una sombra de preocupación encendida en sus ojos.

Mi madre era una persona muy curiosa. Por eso, al día siguiente, sin preámbulo alguno, le espetó a la vieja cuando pasó a vernos:

—Señora Marucha, nos tiene usted que explicar qué le llevó a la cárcel. Mi marido dice...

—Tu marido dice lo que acaban diciendo todos en este pueblo —la interrumpió la anciana, moviendo destempladamente los brazos—. Pero yo te contaré la verdad para que no vayas mendigándola por ahí. —Hizo una pausa larga para convocar el cúmulo de recuerdos que andarían dispersos por su interior, y prosiguió—: Me hallaba yo en mi casa pelando patatas. En una mano una linda patata casi tan grande como la cabeza de esta niña —. Y me señaló a mí— Y en la otra, un hermoso cuchillo con la punta y el borde bien afilados. En esos momentos entra mi marido en casa. Viene como de costumbre: opositando a tonel y dando voces destempladas. ¿Qué creéis que ocurrió entonces? —. Aquí la vieja hizo otra pausa, taladrándonos con su mirada—. Yo os lo diré —prosiguió—: el hermoso cuchillo que aferraba mi mano, y sin yo permitirselo ni quererlo, se

desprendió de mis dedos y voló a clavarse en el vientre de mi inocente marido. —Y balanceando levemente la cabeza, concluyó —: El pobre murió sin darse cuenta, sin darse ninguna cuenta.

Tras su confesión, la vieja Marucha dio media vuelta y comenzó a regresar a su casa. También esta vez movió con lentitud sus pies; y cuando comprobó que mi padre asomaba por una punta de la calle y que la había visto, aligeró el paso y se ocultó en su cubil.

—¿Y bien? ¿Qué ha sido esta vez? ¡Y no me digáis que solo ha venido a daros las buenas noches! —nos interrogó mi padre, apenas se halló a nuestro lado.

Como fuera que nuestras bocas aún permanecían abiertas de estupor por la historia de la vieja, no pudimos ocultarle la verdad y se la referimos punto por punto.

—Su versión; os ha contado su versión —estalló mi padre—. ¿Quién va a creerse que el cuchillo voló por propia voluntad de sus manos y se clavó en el vientre de ese pobre hombre?

Desde aquel día mi madre esquivaba cuanto podía a la anciana Marucha. Dejó de sonreírle y, cuando no podía evitarlo, solo la saludaba con un leve movimiento de la cabeza de impreciso significado. La vieja, que no era tonta y que hasta tenía su orgullo, acabó por no dejarse ver por nuestra casa.

Cuando seis meses después, a mi regreso del colegio, vi a mi madre

tumbada en el patio interior de mi casa con el hacha que usábamos para cortar leña clavada en el pecho, y a mi padre, arrodillado a su lado con las manos manchadas de sangre, comprendí que una tragedia parecida a la de la vieja Marucha había azotado a mi familia.

Me aproximé a mi padre y le dije:

—Padre, creo saber lo que ha pasado. El hacha ha volado de sus manos sin usted consentírselo y se ha clavado en el cuerpo de madre, que ha muerto sin apenas darse cuenta, ¿no es así, padre?

Mi padre se quedó unos instantes perdido en su propio interior; pero como si retornara de un lugar muy lejano, contestó:

—Es cierto, hija, es cierto. Estaba yo cortando leña y tu madre a mi lado recogiendo los tocones que salían rodando por los suelos. De pronto, el hacha salió disparada por sí misma y se fue a clavar en el pecho de tu madre. ¡Maldita hacha! ¿Qué embrujo le daría alas para emprender tan trágico vuelo?

—Padre, no se preocupe de nada. Verá como todo el mundo entiende que nada ha tenido usted que ver en ello —le consolé yo, verdaderamente impresionada por el sentimiento que teñía su voz.

Él calló momentáneamente. Pero al cabo de un momento, tomó mis manos entre las suyas y me dijo:

—Escucha, hija mía: si contamos que era yo quien sostenía el hacha, acabaré con mis huesos en una prisión y, tal vez, ajusticiado. Si esto es así,



tú te encontrarás completamente sola en este mundo —me aclaró mi padre. Y continuó—: Verás: diremos que tú eras quien sostenía el hacha cuando, inesperadamente, emprendió ese vuelo fatal. Tú eres tan solo una niña de ocho años cuyas exiguas fuerzas nada pudieron hacer para frenarla, ¿queda claro, hija mía? Tu corta edad, la inocencia que reflejan tus ojos, la fragilidad que muestras en tu persona... Todo ello hablará a tu favor y nadie tendrá el corazón tan duro para inculparte de nada.

En esos momentos mi padre me pareció el ser más bondadoso del mundo, solo preocupado en que no hubiera nada que nos pudiera separar.

Ahora que los años ya han doblado mi cuerpo porque la vida ha empezado a pesarme en las espaldas, pienso cada vez más en la terrible muerte que tuvo mi madre. En cuanto a mi padre...

Mi padre se casó un año después con otra mujer con la que, según decían algunos, ya se entendía antes de que mi madre muriese sin darse cuenta.

Una flor roja. Otra, blanca. Perdóneme, madre. Seguiré viniendo a verla hasta el día señalado para quedarme a su lado para siempre. Solo le pido a los cielos que también a mí la muerte me sorprenda sin darme cuenta.

LA PARCA

An G San



amá yace en la cama de un hospital. Está ingresada en un box, la unidad de cuidados intensivos. Dicho sin rodeos, la pobre mujer se encuentra en un cubículo sin ventanas que apesta a lejía, donde hacinan a los enfermos y el personal cambia a diario. Es decir, nunca ves a la misma enfermera y rara vez un médico repite.

Si les preguntas cualquier cosa, poco más o menos, te dicen aquello de "yo solo pasaba por aquí" o "no soy la enfermera asignada a ese paciente". Me choca y lo atribuyo a los recortes, hasta que lo asocio a una moda por las famosas rotaciones de personal en pandemia. Me estremece solo pensar que mamá pueda sufrir por ello, porque mamá no está bien.

Mamá respira a duras penas y mantiene los ojos cerrados, pero su corazón, que siempre palpitó de milagro, es lo que más me preocupa. La miro en silencio, no quiero molestarla. Podría estar durmiendo o, quién sabe, igual así se guarece al único abrigo de sus párpados.

Mi pobre madre, estará harta de todo: de que la noche se le junte con el día, de no ver la luz del sol, de la soledad, de no poder comer... Tampoco debe ser fácil estar conectada a la vida a través de tubos que la hacen parecer un extraño pulpo con tentáculos de plástico por los que corren su sangre, su orina y otros líquidos de colores.

Nadie le habla ni le sonríe de corazón, salvo yo. Las enfermeras interpretan a su manera las instrucciones del médico del momento, que "vino y se fue". Esta mañana tuve suerte y coincidí con él. Me dijo que seguiríamos con la alimentación intravenosa, los diuréticos y

tranquilizantes como hasta ahora; estos "para que pase el trance en duermevela y, si está inquieta, podríamos incrementarlos", dice la enfermera de turno con una media sonrisa. Le devuelvo el gesto, pero ya estoy lejos. Mi mente hace la traducción de inmediato y no puedo evitar pensar que se trata de que no moleste. Tiene sentido, son muchos pacientes y no les hará gracia que se queje, ande pidiendo comida y algo de compañía cuando yo no estoy.

Lo que peor lleva mamá es no comer. Oficialmente, se está a la espera de que sus riñones reaccionen, pero no nos informan sobre la raíz del problema. Eso sí, a diario me preguntan si doy permiso para aumentar la dosis de tranquilizantes y que le duela menos. Les digo que no y, aunque insisten, yo no me muevo. Sé que ella no quiere tanta droga y yo lo traslado con amabilidad.

Mamá me dice que han llegado sus últimos días y yo cambio de tema como puedo. No le quito la razón, la suya parece una espera falaz que engaña al tiempo: sin futuro y con un presente que le hace perder la conciencia a golpe de "morfina", la palabra que leo en la botellita de la que extraen el líquido para calmarla.

Dicen que no existe el crimen perfecto, que siempre hay alguien que se va de la lengua. Me viene esto a la mente cuando se acerca otra enfermera y, con un tono de confesión impostado, me dice que poner en marcha la máquina de hemodiálisis es caro y que no puede estar trabajando por sus riñones día tras día, por lo que, "dada la edad y situación" de mi madre, no

hay esperanza.

No sé si mamá la oye, pero la enfermera no calla, dice que ella ha "visto mucho", que mejor "ayudarla con tranquilizantes e ir haciéndose a la idea". Habla apoyada en la máquina que pronto se pondrá en marcha, nuestra última esperanza, que ella acaba de matar de un solo estacazo.

Quise considerar aquello un despropósito y agarrarme al relato del médico de turno, pero no la contradijo en absoluto, más bien al contrario; como buen estratega, recordé que me advirtió que no puede garantizar nada. "Habrà que esperar resultados", dijo.

Por suerte, mamá no habla ni entiende español, y espero que tampoco haya visto las muecas de la enfermera. Y si lo ha hecho, ojalá crea que estaba negándose a facilitar comida para ella. Aunque lo de ayunar como tratamiento, y ya van dos semanas, ni mamá ni yo acabamos de entenderlo, salvo que esté en estado terminal y no nos lo hayan dicho.

Cuando le renuevan el calmante, mamá tiene ensoñaciones. Se ve en su lecho de muerte y se rebela ante la idea de abandonar la vida sin siquiera haber cumplido un mísero sueño; ni siquiera "uno pequeñito", como ella dice. Ahora me pide que nos vayamos, que tenemos que ir a recoger el pastel que había encargado por mi cumpleaños. Yo solo escucho el pitido de la máquina de sus constantes vitales, su corazón cansado, sus pulmones cansados, su voz cansada...

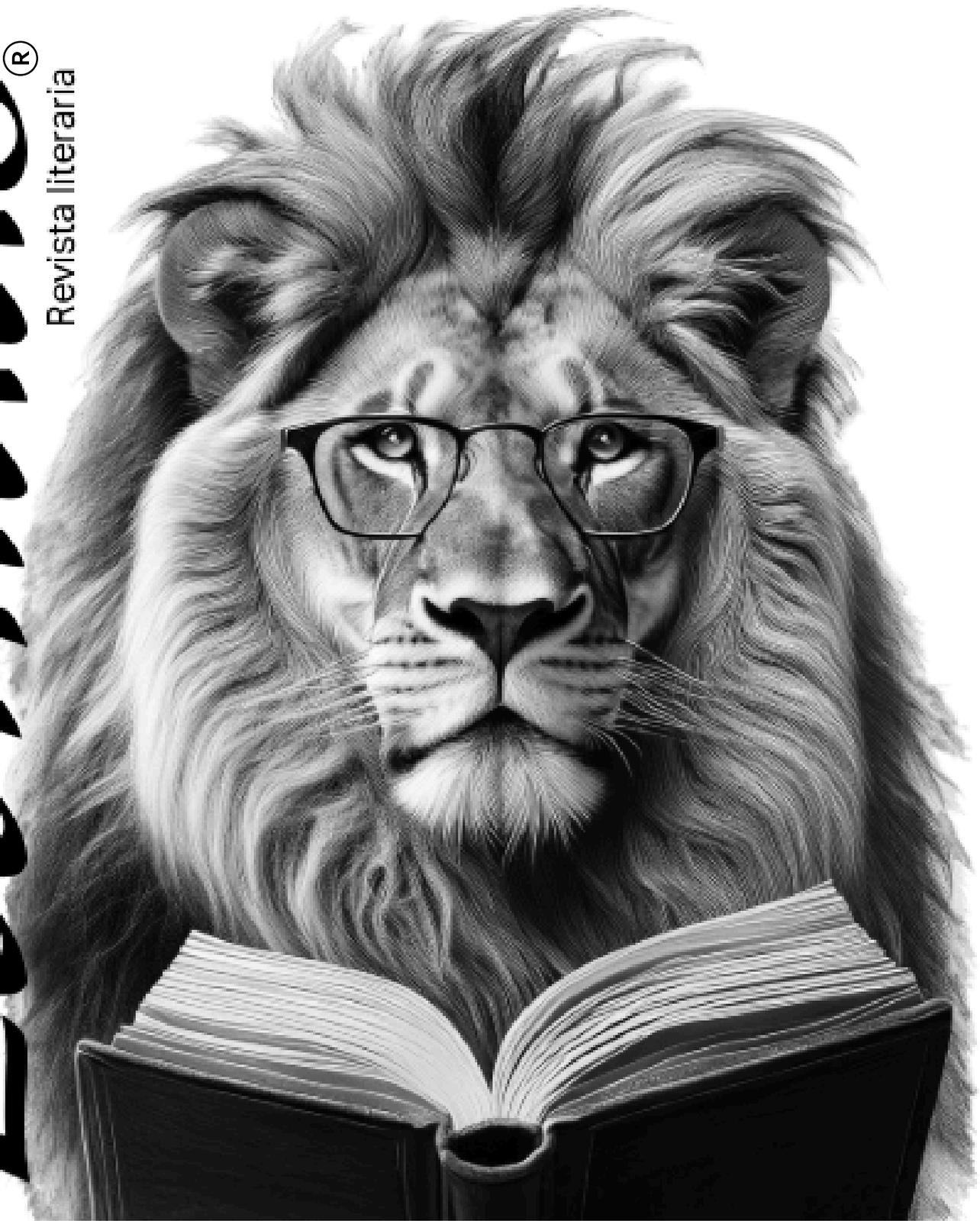
Nervioso, me busco el móvil en el bolsillo e indago sobre los efectos de la morfina. Descubro que se aplica a enfermos terminales en dosis



crecientes, que reduce la tasa de respiración y la frecuencia cardíaca, además de ralentizar el funcionamiento del cerebro. Justo lo que mi madre necesita, que sus exhaustos pulmones dejen de respirar; su debilitado corazón, de palpar; su castigado cerebro, de pensar, y yo, de sentir. El crimen perfecto. Entonces lo entendí todo: las sábanas eran un sudario, y la cama un ataúd; solo estábamos esperando a que la morfina se nos llevara a los dos.

Leónidas[®]

Revista literaria



Revista literaria editada por **SergantKiss**,
colectivo artístico, onírico y libre.

LEONIDASREVISTA.COM

© de los textos pertenecen a los autores.

Más información: sergantkiss@gmail.com

@LEONIDASREVISTA

